les. *Officium futuræ civitatis adipiscimur*, dice Tertuliano. Entonces sobre la tierra hacemos las veces de los moradores celestiales, que alaban á Dios y le alabarán eternamente : *In sæcula sæculorum laudabunt te.* (*Ps.* LXXXIII, 3.) Por lo tanto, dice san Juan Crisóstomo, antes de entrar en la Iglesia ó de tomar en nuestras manos el breviario, debemos dejar á la puerta y apartar de nosotros los pensamientos mundanos : *Ne quis ingrediatur templum curis onustus mundanis; hæc ante ostium deponamus.* (*Chrys. Hom.* 2, *in cap.* 5. *Isa.*) 2º Es preciso que el rezo del oficio divino vaya acompañado de los afectos y sentimientos que en él se contienen, y así debemos, como dice san Agustin : *Si psalmus orat, orare; si gemit, gemere; si sperat, sperare.* 3º Conviene renovar la atencion de cuando en cuando, como por ejemplo en el principio de cada salmo. 4º Es necesario que atendamos á que nuestro espíritu esté siempre recogido, evitando cuidadosamente todo lo que pueda servirle de motivo de distraccion. El que, por ejemplo, reza su oficio en medio de un camino de mucha concurrencia, ó mezclado entre personas, que en conversacion rien, y hablan ; ¿cómo puede hacerlo con atencion y devocion? ¡Oh qué mérito tan grande adquieren los que todos los dias rezan devotamente el oficio divino! San Juan Crisóstomo afirma, que se llenan del Espíritu Santo : *Implentur Spiritu sancto.* Por el

contrario los que lo rezan con negligencia se privan de grandes ventajas, y tendrán que dar á Dios una estrecha cuenta en la hora de su muerte.

INSTRUCCION VI.

—

DE LA HUMILDAD.

1. *Hoc discite à me, quia mitis sum et humilis corde.* (*Matth.* II, 29.) La humildad y la mansedumbre fueron las dos virtudes favoritas de Jesucristo, y en la práctica de estas virtudes, quiere particularmente que le imiten sus discípulos. Hablemos en primer lugar de la humildad, reservándonos para despues el tratar de la mansedumbre. Dice S. Bernardo : *Tanto quisque debet esse humilior, quanto est sublimior.* (*De* 7 *Don. Sp. S. cap.* 7.) El sacerdote pues debe ser tanto mas humilde, cuanto mas elevado se halla sobre los demás hombres por su dignidad ; de otra suerte si tiene la desgracia de caer en algun pecado, sera mucho mayor su ruina. Por lo que dice S. Lorenzo Justiniano, que la humildad ha de ser la joya mas preciosa y mas brillante del sacerdote : *Humilitas est sacerdotum gemma.* (*De Inst. præl.*

c. 21.) Y S. Agustin : *In summo honore summa sit humilitas.* (*De Temp. Ser.* 113.) Jesucristo habia dicho antes : *Qui major est in vobis, fiat sicut minor.* (*Luc.* XXII, 26.) La humildad es la verdad; por esto dice el Señor, que si supiéramos distinguir lo precioso de lo vil, esto es, lo que es de Dios de lo que tenemos de nosotros mismos, seriamos semejantes á su boca que siempre dice la verdad : *Si separaveris pretiosum à vili, quasi os meum eris.* (*Jer.* XV, 19.) Hagamos pues á Dios la súplica que le dirigia S. Agustin : *Noverim me, noverim te.* (*Lib. de Vita beata.*) Iguales eran los votos que dirigia á Dios san Francisco de Asis, diciéndole : « Quien soy yo y quien sois vos, oh gran Dios ! » Por una parte consideraba la grandeza y bondad de Dios y por otra su propia indignidad y su profunda miseria. En presencia de este bien supremo é infinito, los santos se humillaban hasta el fondo de la tierra, y cuanto mas conocian á Dios, tanto mas pobres y culpables se reconocian. Los orgullosos al contrario no conocen su vileza, porque están privados de las luces sobrenaturales.

2. Trabajemos pues en separar lo que tenemos de nosotros de lo que hemos recibido de Dios. De nosotros mismos no tenemos mas que miseria y pecados, y no somos sino un puñado de polvo vil y lleno de culpas. ¿Cómo podrémos pues ensoberbecernos ? ¿ *Quid superbit terra et cinis ?* (*Eccli.* X, 9.) La nobleza de nuestro nacimiento, las riquezas, el talento, la habilidad y los demás dones de la naturaleza no son mas que un vestido puesto sobre las espaldas de un pobre mendigo; y ¿ no tendriamos por loco á un pobre, que se envaneciese de un hermoso vestido bordado, que por caridad le hubiesen dado? *Quid autem habes, quod non accepisti ? Si autem accepisti, quid gloriaris, quasi non acceperis ?* (I. *Cor.* IV. 7.) ¿ Qué tenemos que no hayamos recibido de Dios y que Dios no pueda quitarnos cuando le plazca ? Las gracias mismas que Dios nos dispensa, las viciamos muchas veces, mezclando con ellas nuestros defectos, distracciones, fines siniestros é impaciencias. *Quasi pannus menstruatæ justitiæ nostræ.* (*Isa.* LXIV, 6,) Si pues habiendo celebrado, rezado el oficio y hecho oracion, nos creyésemos mas iluminados y mas ricos en méritos, mereceriamos que el Señor nos dirigiese la misma reconvencion que dirigia en otro tiempo á aquel obispo de que nos habla el Apocalipsis : *Dicis : Dives sum; et nescis quia tu es miser... et cæcus et nudus.* (*Apoc.* III, 17.) Por lo tanto, escribe san Bernardo, que : *Quidquid minus est fervoris, humilitas suppleat confessionis.* (*Serm. de Div.* 26.) ! Ah ! á lo menos si nos reconocemos delante de Dios pobres y llenos de defectos, humillémonos y confesemos nuestras miserias. Un hombre piadoso habiendo aconsejado á S. Francisco de Borja, siendo aun secular, que pensase todos los dias en su miseria, si queria adelantar en la

virtud; acordándose con el tiempo de este consejo san Francisco, empleaba todos los dias las dos primeras horas de su oracion en el conocimiento y desprecio de sí mismo; y por este medio vino á ser un gran santo, y nos dejó tan bellos ejemplos de humildad.

3. Dice san Agustin: *Altus est Deus: humilias te, et descendit ad te; erigis te, et fugit à te.* (*Serm. de Ascens.*) Dios se complace en unirse con los humildes y en llenarles de sus gracias; pero huye y se aleja de los soberbios: *Abominatio Domini est omnis arrogans.* (*Prov.* XVI, 5.) Dios abomina al hombre soberbio: *Deus superbis resistit, humilibus autem dat gratiam.* (*Jac.* IV, 6.) Al paso que escucha las oraciones de los humildes: *Oratio humiliantis se nubes penetrabit, nec discedet, donec Altissimus aspiciat.* (*Eccli.* XXXV, 21.) Desecha al contrario las de los soberbios, *resistit.* Dios mira, sí, á los orgullosos, pero de léjos: *Dominus humilia respicit, et alta à longe cognoscit.* (*Psal.* CXXXVII, 6.) A la manera que nosotros no podemos bien distinguir una persona cuando no la vemos sino de léjos, así tambien Dios parece, para decirlo así, que no reconoce, ni escucha las oraciones que le dirigen los orgullosos. Cuando le invocan les responde: *Amen dico vobis, nescio vos.* (*Matth.* XXV, 12.) En una palabra, los soberbios son objeto de odio para Dios y para los hombres: *Odibilis coram Deo est et hominibus superbia.* (*Eccli.* X, 7.) No pocas veces los hombres se ven precisados por la necesidad á conceder honores esteriores á los soberbios; pero en el fondo de su corazon les detestan, y les vituperan despues delante de los demás: *Ubi fuerit superbia, ibi erit et contumelia.* (*Prov.* XI, 2.) San Gerónimo hablando de la humildad de san Pablo la exalta en estos términos: *Fugiendo gloriam, gloriam merebatur, quæ virtutem quasi umbra sequitur et appetitores sui deserens, appetit contemptores.* Al modo que la sombra sigue al que la huye y huye del que la sigue; así tambien la gloria va en pos del que la desprecia y se escapa del que la busca: *Qui autem se exaltaverit, humiliabitur; et qui se humiliaverit, exaltabitur.* (*Matth.* XXIII, 12.) Un sacerdote, por ejemplo, despues de haber hecho una obra buena, si no habla de ella, recibirá mil alabanzas de todos los que lo habrán sabido; pero si la va publicando por todas partes para que le alaben, en lugar de elogios no recibirá mas que vituperios. ¡Qué vergüenza, esclama san Gregorio, ver á los maestros que enseñan la humildad, convertirse con su ejemplo en criminales doctores del orgullo! *Doctores humilitatis, duces superbiæ!* (*Lib.* 4, *ep.* 66.) No importa que digan: Si hablo de esta obra buena es para que todos la sepan y den á Dios la gloria, que se le debe: *Qui enim non tacuerit*, dice Séneca, *non tacebit auctorem.* Si os oyen hablar de vuestras acciones, pensarán

que las contais para ser alabados, y desde entonces perdereis vuestro concepto para con los hombres y todo el mérito delante de Dios, el que viéndoos ya alabados segun vuestros deseos, os repetirá aquellas palabras del Evangelio : *Amen dico vobis, receperunt mercedem suam.* (*Matth.* VI, 2.) El Señor protesta que abomina particularmente tres especies de pecadores : *Tres species odivit anima mea..... Pauperem superbum, divitem mendacem, senem fatuum.* (*Eccli.* XXV, 3 *et* 4.) Pero el primero de estos seres abominables es el pobre orgulloso.

4. Vengamos ahora á la práctica y veamos lo que conviene hacer para ser verdaderamente humildes; esto es, humildes no de palabra y de boca solamente, sino de obra y en realidad. En primer lugar es necesario que concibamos un grande horror al vicio de la impureza; porque como se ha dicho ya, Dios resiste á los soberbios y les priva de sus gracias. Un sacerdote sobre todo para conservarse casto, necesita de una especial asistencia de Dios. ¿ Y cómo podrá conservar la castidad un sacerdote orgulloso, si en castigo de su soberbia el Señor le priva de sus auxilios? La elevacion, dice el Sabio, es indicio de una próxima ruina : *Ante ruinam exaltatur spiritus.* (*Prov.* XVI, 18.) Por esto es que san Agustin se adelanta á decir, que en alguna manera es ventajoso, que los soberbios caigan en algun pecado manifiesto, para que de

este modo sepan ser humildes y aborrecerse á sí mismos : *Audeo dicere, superbis esse utile cadere in aliquod apertum peccatum, unde sibi displiceant.* (*Lib.* 14, *de Civ. Dei, c.* 11.) Tal fué la triste suerte de David. Este desgraciado príncipe cometió un adulterio por no haber sido humilde, como él mismo lo confiesa dolorosamente diciendo : *Priusquam humiliarer, ego deliqui.* (*Ps.* CXVIII, 67.) San Gregorio afirma, que el orgullo es el seminario de la impureza, porque muchas veces sucede, que aquellos que se elevan orgullosamente, son despues precipitados por la carne en los infiernos : *Multis sæpe superbia luxuriæ seminarium fuit; dum eos spiritus in altum evexit, caro in infernum mersit.* (*Lib.* 29, *Moral. c.* 13.) Con la soberbia fácilmente se acompaña el espíritu de la impureza : *Spiritus fornicationum in medio eorum, et respondebit arrogantia Israël in facie ejus.* (*Oseæ* V, 4 *et* 5.) Pedid á tantos infelices porqué siempre recaen en las mismas torpezas : *respondebit arrogantia;* yo soy la causa, responderá el orgullo por ellos, pues que el soberbio lleno de amor de sí mismo permanece por permision divina sumergido en sus abominables fealdades; castigo, como dice el Apóstol, dado en todo tiempo á los sabios del mundo por su soberbia : *Tradidit illos in desideria cordis eorum, in immunditia, ut contumeliis afficiant corpora sua in semetipsis.* (*Rom.* I, 24.)

5. El demonio no teme á los orgullosos.

En cierta ocasion, refiere Cesario, fué conducido un endemoniado á un monasterio cisterciense para ser exorcisado. El Padre Prior habiendo tomado por compañero á un religioso jóven de grande virtud, habló así al demonio: Si este monge te manda salir, ¿osarás tú permanecer? Sí, respondió el demonio; yo no le temo porque es un orgulloso. Decia san José de Calasanz, que el demonio se sirve de un sacerdote orgulloso como de una pelota, que la echa y la hace caer donde quiere. Por esto todos los santos han tenido mas el orgullo y la vanagloria que todos los males temporales que hubiesen podido acaecerles. Surio refiere de un santo personaje, que por los milagros que hacia, era muy estimado y honrado. Este viéndose acometido de sentimientos de orgullo, pidió al Señor que le permitiera ser poseido por el demonio. Oyó su súplica el Señor, y permaneció dominado del espíritu infernal por el espacio de cinco meses, despues de los cuales se vió libre no solo de este cruel enemigo sí que tambien de los importunos pensamientos de vanidad, que le atormentaban. A este fin permite el Señor que los santos sean molestados de tentaciones impuras, y á pesar de sus instancias permite que continuen en estos combates, como sucedió á san Pablo, el que nos dice de sí mismo: *Et ne magnitudo revelationum extollat me, datus est mihi stimulus carnis meæ, angelus Satanæ, qui me colaphizet. Propter quod ter*

Dominum rogavi, ut discederet à me, et dixit mihi: Sufficit tibi gratia mea; nam virtus in infirmitate perficitur. (II. *Cor.* XII, 7.) Y así, dice san Gerónimo, fué dado el estímulo de la carne á san Pablo para prevenirle y mantenerle en la humildad: *Hic monitor datus est Paulo ad terendam superbiam.* (*Ep.* 27, *ad Paulum.*) De todo lo que precede, concluye san Gregorio: *Per humilitatis custodiam servanda est munditia castitatis.* Hagamos aquí otra reflexion. Para reprimir el orgullo de los Egipcios mandó el Señor que fueran molestados no por osos ni por leones, sino por despreciables ranas. ¿Qué significa esto? Que Dios permite que no pocas veces seamos mortificados por palabras mal entendidas, por ciertas pequeñas aversiones y por bagatelas insignificantes, á fin de que viniendo en conocimiento de nuestra miseria nos humillemos.

6. En segundo lugar conviene, que nos guardemos de tomar ocasion de vanidad de cualquier feliz resultado que hayan tenido nuestras obras, principalmente nosotros, que nos hallamos condecorados con la alta dignidad del sacerdocio. ¡Ah! muy elevadas son las funciones que hemos de ejercer. A nosotros se ha confiado el sublime oficio de ofrecer á Dios el sacrificio de su mismo Hijo; á nosotros se nos ha encargado el cuidado de reconciliar los pecadores con Dios, por medio de la predicacion y de la administracion de los sacramentos: *Dedit nobis ministerium*

reconciliationis. (II. *Cor.* v, 18.) Nosotros somos los embajadores y vicarios de Jesucristo y los órganos del Espíritu Santo : *Pro Christo ergo legatione fungimur, tanquam Deo exhortante per nos.* (*Ib. vers.* 20.) Dice san Gerónimo, que las montañas mas encumbradas se hallan mas combatidas por los vientos; así pues, tambien cuanto mas elevado es nuestro ministerio, tanto mas estamos espuestos á ser el juguete del orgullo. Todo el mundo nos tiene por santos y sabios. El que se halla en un lugar muy alto esperimenta fácilmente vahidos de cabeza. ¡Oh! y cuantos sacerdotes han caido miserablemente en el precipicio por no haber sido humildes! Montán llegó hasta hacer milagros y al último la ambicion le hizo un heresiarca. Taciano que habia escrito tanto y tan bien contra los idólatras, por su soberbia vino á caer en la herejía. Fr. Justino de la órden de san Francisco de Asis, despues de haber llegado al mas alto grado de contemplacion, por su orgullo murió apóstata y condenado. En la vida de san Palemon se refiere que un monge se gloriaba de caminar sobre carbones encendidos, diciendo : ¿Quien de vosotros podrá hacerlo sin quemarse? Reprendióle san Palemon de esta criminal jactancia; pero el infeliz lleno siempre de orgullo, vino á caer despues en el pecado y murió en este miserable estado. El hombre espiritual que se halla dominado del orgullo, es un ladron peor que los demás, puesto que se apropia no unos

bienes perecederos, sino la misma gloria de Dios. Escuchad sino la oracion que dirigia á Dios san Francisco : Señor, si os dignais concederme algun bien, guardadlo vos mismo con cuidado, de otra suerte yo os lo robaré. Así tambien debemos rogar á Dios nosotros sacerdotes, diciéndole con san Pablo : *Gratia Dei sum id quod sum.* (II. *Cor.* xv, 10.) Nosotros somos insuficientes, no digo solamente de obrar algun bien de nosotros mismos, pero ni aun de formar un buen pensamiento: *Non quod sufficientes simus cogitare aliquid à nobis.* (II *Cor.* III, 5.)

7. He aquí la advertencia que nos da el Señor : *Cum feceritis omnia quæ præcepta sunt vobis, dicite : Servi inutiles sumus : quod debuimus facere, fecimus.* (*Luc.* XVII, 10.) ¿Qué utilidad puede resultar á Dios de nuestras obras? ¿Puede Dios jamás necesitar de todo el bien que haya en nosotros? *Deus meus es tu*, decia David, *quoniam bonorum meorum non eges.* (*Ps.* xv, 2.) Y Job : *Porro si juste egeris... quid de manu tua accipiet?* (*Job* XXXV, 7.) ¿Qué podemos dar á Dios que le haga mas rico? A mas de qué somos nosotros unos servidores inútiles, pues que siempre es nada todo cuanto hacemos por Dios, que merece un amor infinito y que tanto ha sufrido por nuestro amor. De aquí es que escribia de sí mismo san Pablo : *Si evangelizavero, non est mihi gloria ; necessitas enim mihi incumbit.* (I *Cor.* IX, 16.) Todo cuanto hacemos por Dios, lo hacemos obligados del deber y del

reconocimiento, y tanto mas cuanto lo que hacemos es mas bien obra suya que nuestra. Y ¿quién no se reiria de las nubes, si se gloriasen de la lluvia que dejan caer? Así lo dice san Bernardo : *Si glorientur nubes quod genuerint imbres, quis non irrideat?* Despues añade que en las acciones de los santos, no tanto debemos alabar á los santos que las hacen, como á Dios que obra por ellos : *Lauda Deum in sanctis suis, qui in ipsis manens, facit opera.* (*Serm.* 13, *in Cant.*) Lo propio dice san Agustin : *Si quid boni est, parvi vel magni, donum suum est, et nostrum nonnisi malum est.* (*In Soliloq.*) Y en otro lugar dirigiéndose á Dios esclama : *Quisquis tibi enumerat merita sua, quid tibi enumerat nisi munera tua?* (*Lib.* IX *Concion. cap.* 13.)

8. Cuando pues tenemos la dicha de obrar algun bien, debemos decir al Señor : *Quæ de manu accepimus, dedimus tibi.* (I. *Paral.* XXIX, 14.) Cuando santa Teresa hacia ó veia hacer alguna obra buena, se daba prisa en alabar á Dios diciendo que todo provenia de él. San Agustin observa que el orgullo arrebata todo el bien que hacemos, siempre que no va delante la humildad : *Nisi humilitas præcesserit, totum extorquet de manu superbia.* (*Ep.* 5. *ad Dioscor.*) Y en otro lugar : *Superbia bonis operibus insidiatur, ut pereant.* (*Epist.* LVI.) San José de Calasanz decia, que cuanto mas particulares gracias hemos recibido de Dios, tanto mas debemos humillarnos, para no perderlo todo. Todo se pierde con un poco de

estimacion, que el hombre tiene de sí mismo. Hacer muchos actos de virtud, dice san Gregorio, pero sin humildad, es echar polvo al viento : *Qui sine humilitate virtutes congregat, quasi in ventum pulverem portat.* (*In* II. *Ps. pœnitent.*) Escribe Tritemo : *Cæteros contempsisti, cæteris pejor factus es.* Los santos, lejos de gloriarse de alguno de sus méritos, han buscado siempre lo que les podia acarrear el desprecio de los demás. El Padre Villanueva de la compañía de Jesus, no tenia reparo en decir á todos cuantos se le ofrecia, que su hermano era un pobre jornalero. El Padre Sacchini, igualmente jesuita, encontrando en un lugar muy concurrido á su padre, que era un pobre muletero, corrió en seguida á abrazarle diciendo : Este es mi padre. Leamos las vidas de los santos y de este modo curaremos nuestro orgullo ; en ellas veremos las grandes cosas que han hecho, y á su vista no podremos menos de confundirnos de lo muy poco que hacemos nosotros.

9. En tercer lugar conviene que vivamos en una contínua desconfianza de nosotros mismos. Si Dios no nos asiste, es imposible que nos conservemos en su gracia : *Nisi Dominus custodierit civitatem, frustra vigilat qui custodit eam.* (*Psalm.* CXXVI, 1.) Si Dios no obra en nosotros no podemos hacer bien alguno : *Nisi Dominus ædificaverit domum, in vanum laboraverunt qui ædificant eam.* (*Ibid.*) Algunos santos con mediana ciencia han convertido pueblos enteros. San Ignacio

de Loyola entre otros, con algunos sermones predicados en Roma, sencillamente, y aun con términos no muy propios, porque no poseia bien la lengua italiana, pero porque eran salidos de un corazon humilde y abrazado de amor de Dios, fué tal el fruto que produjo, que los oyentes iban en seguida á confesarse con él y derramaban lágrimas en tanta abundancia, que apenas podian hablar. Al contrario, ciertos oradores con toda su ciencia y sublime elocuencia, no han obrado una sola conversion con sus sermones. De tales ministros se verifica lo que dice el profeta Oseas : *Da eis vulvam sine liberis, et ubera arentia.* (*Ose.* IX, 14.) Tales predicadores porque están hinchados de su saber, son como unas madres estériles, esto es, de solo nombre y sin hijos ; y si alguna vez tienen á su cuidado los hijos de otros, estos infelices parecen de inanicion, porque los pechos de los orgullosos están llenos de viento y de humo, aunque vacios de leche : *Scientia inflat, charitas vero ædificat.* (I. *Cor.* VIII. 1.) A semejante desgracia están sujetos los sabios. Es difícil, decia el cardenal Belarmino escribiendo á su sobrino, que un hombre sabio sea muy humilde, que no desprecie los demás, que no censure sus acciones, que no permanezca siempre en su parecer, y que se someta voluntariamente al juicio y correcciones de los otros. Verdad es que no debemos predicar sin habernos prevenido y sin haber meditado antes y estudiado bien el

asunto ; y aun despues de esto, si predicamos con facilidad y despejo debemos decir, que somos unos siervos inútiles : *Servi inutiles sumus ;* esperando el fruto no de nuestros trabajos, sino de la mano de Dios. Porque ¿qué proporcion puede haber jamás entre nuestras palabras y la conversion de los pecadores? *Numquid gloriabitur securis contra eum qui secat in ea?* (*Isai.* X, 15.) ¿Puede jamás la segur gloriarse de haber cortado el árbol, diciendo á la mano que se ha servido de ella ; si este árbol se halla por tierra, á mí se debe y no á tí? Semejantes á unas masas de hierro, somos incapaces de movernos de nosotros mismos, si Dios no se digna imprimir en nosotros el movimiento. *Sine me nihil potestis facere.* (*Joan* XV, 5.) He aquí como san Agustin esplica estas palabras : *Non ait, sine me parum potestis facere, sed nihil.* (*In Joan. tract.* 18.) ¿Y el Apóstol no habia dicho antes : *Non quod sufficientes simus cogitare aliquid à nobis?* (II. *Cor.* III. 7.) Si pues de nosotros mismos no puede salir un buen pensamiento, ¿cuanto menos podrémos hacer una obra buena? *Neque qui plantat est aliquid, neque qui rigat, sed qui incrementum dat Deus.* (I *Cor.* III, 7.) No, no es el predicador ni el confesor el que con sus palabras hace crecer á las almas en la virtud ; sino que de Dios proviene todo : *Nos dicamus inutiles, ut utiles efficiamur*, dice san Juan Crisóstomo. (*Homil.* 38.) Así pues, cuando nos veamos alabados, démonos prisa

endar la alabanza á Dios, á quien esclusivamente pertenece, diciendo : *Soli Deo honor et gloria.* (I. *Tim.* I, 17.) Y cuando la obediencia nos mande cumplir alguna cosa ó hacer alguna obra, no desmayemos á la consideracion de nuestra incapacidad ; pongamos entonces toda nuestra confianza en Dios, que nos dice por boca de nuestros superiores : *Ego ero in ore tuo.* (*Exod.* IV, 15.)

10. Decia el Apóstol san Pablo : *Libenter igitur gloriabor in infirmitatibus meis, ut inhabitet in me virtus Christi.* (II *Cor.* XII, 9.) Así debemos tambien decirlo nosotros; toda nuestra gloria ha de consistir en un profundo conocimiento de nuestra insuficiencia, y de este modo adquirirémos la virtud de Jesucristo, esto es, la santa humildad. ¡Oh! ¡y qué cosas tan maravillosas han obrado siempre los humildes! *Nihil arduum humilibus*, dice san Leon. (*Serm.* 5, *de Epiph.*) Sí, porque llenos de confianza en Dios, los humildes obran siempre apoyados en el brazo divino, y por este medio obtienen todo cuanto desean. *Qui... sperant in Domino, mutabunt fortitudinem.* (*Isa.* XL, 31.) San José de Calasanz acostumbraba decir, que aquel que desea que Dios le emplee para grandes cosas, ha de procurar ser el mas humilde de todos. El humilde dice : *Omnia possum in eo qui me confortat.* (*Philipp.* IV, 13.) Aun cuando ve que sus empresas son árduas y difíciles, no desmaya por eso, antes bien dice animoso : *In Deo*

faciemus virtutem. (*Psal.* LIX, 14.) Para convertir el mundo, no quiso Jesucristo valerse de hombres poderosos y sabios, sino de pobres é ignorantes pescadores, y por lo tanto humildes y muy distantes de contar en sus propias fuerzas : *Infirma mundi elegit Deus, ut confundat fortia.... Ut non glorietur omnis caro in conspectu ejus.* (I *Cor.* I, 27 *et* 29.) A mas de esto, aunque nos veamos sujetos á muchos defectos, no debemos decaer de ánimo; y aunque despues de muchas resoluciones y promesas hechas á Dios, volvamos á caer en faltas que ya habíamos cometido, no debemos por esto entregarnos á la desconfianza, como pretende el maligno espíritu para inducirnos á cometer mas enormes pecados. Entonces mas que nunca debemos arrojarnos á los brazos de Dios, aprovechándonos de nuestros defectos para aumentar mas y mas nuestra confianza en la divina misericordia. En este sentido han de entenderse estas palabras del Apóstol : *Omnia cooperantur in bonum.* (*Rom.* VIII, 28.) Sí, aun los pecados, añade la Glosa : *etiam peccata.* A este fin permite el Señor alguna vez, que el hombre caiga y vuelva á caer en alguna falta, para que de este modo aprenda á desconfiar de sí mismo y entregarse enteramente en sus paternales brazos. Por esto decia tambien David : *Bonum mihi, quia humiliasti me.* (*Psal.* CXVIII, 71.) Sí, mi Dios, vos habeis permitido mis caidas para mi bien y para que así aprenda á ser humilde.

11. Finalmente para ser humildes, conviene, sobre todo, que aceptemos las humillaciones que nos vengan así de parte de Dios como de los hombres, y que digamos entonces con el patriarca Job : *Peccavi, et vere deliqui, et ut eram dignus non recepi.* (*Job.* XXXIII, 27.) Algunos, como observa san Gregorio, dicen de boca, que son unos miserables pecadores, unos hombres malos y dignos de todo desprecio, pero no lo creen así, porque si alguna vez son reprendidos ó despreciados de los demás, al momento se les ve desazonados. *Multi*, escribia san Ambrosio á Constancio, *habent humilitatis speciem, non virtutem.* Refiere Casiano, que cierto monge al tiempo mismo en que iba publicando que era un miserable pecador, indigno de pisar la tierra, fué reprendido por el abad Serapion de una falta harto notable, cual era de que perdia el tiempo pasando de una celda á otra en lugar de estarse retirado en la suya, como lo prescribia la regla. Turbóse el religioso y con señales esteriores dió bien á conocer la impresion que le habia causado la reprension. ¿Cómo, hijo mio, le dijo entonces el abad, te confesabas, no hace mucho, digno de todo desprecio, y ahora te ofendes tanto de algunas palabras que te he dicho obligado por la caridad? ¿Y no es esta misma la conducta de muchos, que desean ser tenidos por humildes, al paso que no quieren sufrir la mas mínima humillacion? *Est qui nequiter humiliat se, et interiora ejus plena sunt dolo.* (*Eccli.* XIX, 23.) Buscar alabanzas de la humildad no es humildad, dice san Bernardo, sino ruina de la humildad : *Appetere de humilitate laudem, humilitatis non est virtus, sed subversio.* (*Serm.* 16, *in Cant.*) Fomenta mucho el orgullo el deseo de ser tenido por humilde, y así aquel que lo es verdaderamente no se contenta de tener mala opinion de sí mismo, sino que procura que los demás la tengan tambien. *Est humilis, qui humiliationem convertit in humilitatem*, dice el mismo san Bernardo. El humilde de corazon si alguna vez es despreciado, se humilla aun mas, diciendo, que bien merecido tiene el ser tratado de aquel modo. Observemos finalmente que si no somos humildes, no solo no podrémos hacer bien alguno, pero ni aun podrémos salvarnos : *Nisi... efficiamini sicut parvuli, non intrabitis in regnum cœlorum.* (*Matth.* XVIII, 3.) Para tener entrada en el reino de los cielos, conviene pues, que nos hagamos niños no por la edad sino por la humildad. Así como la soberbia, segun observa san Gregorio, es señal de reprobacion, así la humildad es una prueba de predestinacion : *Reprobatorum signum est superbia, humilitas electorum.* (*In Psal.* LXXI, 2.) San Jaime escribe : *Deus superbis resistit, humilibus autem dat gratiam.* (*Jacob.* IV, 6.) El Señor jamás abre sus manos para derramar sus gracias sobre los orgullosos, sino sobre los humildes. Sé humilde, dice el Eclesiásti-

co, y espera toda suerte de favores de parte de Dios : *Humiliare Deo et expecta manus ejus.* (XIII, 9.) He aquí lo que nos dice nuestro divino Salvador : *Amen, amen dico vobis, nisi granum frumenti cadens in terram mortuum fuerit, ipsum solum manet; si autem mortuum fuerit, multum fructum affert.* (*Joan.* XII, 24 *et* 25.) Un sacerdote muerto á la estimacion de sí mismo, hará mucho bien; pero sino muere así, sino que se resiente de los desprecios, y se fia de su talento, *ipsum solum manet*, permanece solo, esto es, no producirá bien alguno, ni para sí ni para los demás.

INSTRUCCION VII.

—

DE LA MANSEDUMBRE.

1. *Discite à me quia mitis sum et humilis corde.* (*Matth.* XI, 29.) La mansedumbre es la virtud característica del cordero, nombre que quiso tomar Jesucristo : *Ecce Agnus Dei.* (*Joan.* I, 29.) *Emitte Agnum dominatorem terræ.* (*Isai.* XVII,) En todos los pasos de su vida, pero sobre todo en su pasion santísima se portó como un verdadero cordero : *Quasi agnus coram tondente se obmutescet, et non aperiet os suum.* (*Isai.* LIII, 7.) *Quasi agnus mansuetus, qui portatur ad victimam.* (*Jer.* XI, 19.) La mansedumbre, pues, fué la virtud querida de nuestro Salvador, y la dió bien á conocer cuando llenaba de sus dones á los ingratos, correspondia con beneficios á sus contrarios, y cuando finalmente sufria sin quejarse á los que le injuriaban y calumniaban : *Qui cum malediceretur, non maledicebat; cum pateretur, non comminabatur.* (I *Petr.* II, 13.) Sí, le azotaron, le coronaron de espinas, le cubrieron de salivas, le clavaron en la cruz y le saciaron de oprobios, pero él lo olvidó todo y aun oró á su eterno Padre á favor de aquellos que le trataban tan cruelmente. Por esto quiere que aprendamos de él á ser humildes y mansos de corazon : *Hoc discite à me, quia mitis sum et humilis corde.* Entre todas las virtudes, dice san Juan Crisóstomo, la mansedumbre es la que nos hace mas semejantes á Dios : *Mansuetudinem præ cæteris virtutibus nos Deo conformes facere.* (*Hom.* 19 *in epist. ad Rom.*) Sí, porque es propio de Dios solo el volver bien por mal. Por esto decia nuestro divino Redentor : *Benefacite his qui oderunt vos... Ut sitis filii Patris vestri, qui in cœlis est, qui solem suum oriri facit super bonos et malos.* (*Matth.* V, 44 *et* 45.) De aquí inferia tambien san Juan Crisóstomo, que solamente los mansos son llamados por Jesucristo, imitadores de Dios : *Eos solos, qui hac* (*mansuetudine*) *conspicui sunt, Dei imitatores Chris-*